

EL OBISPO DE LA SEU D'URGELL Y SUS SUPUESTAS MANIOBRAS ANTIREPUBLICANAS

(10 de agosto de 1932)

El día 23 de septiembre de 1932 escribía el obispo de la Seu, Justino Guitart,¹ al cardenal Francisco Vidal y Barraquer:

«Venerado Hermano y querido amigo: Como la patraña de que te di cuenta en Rocafort o Vich ha ido creciendo, he creído necesario dar cuenta a la Nunciatura con el escrito y anexo cuyas copias acompaño. Te saluda y abraza tu afmo., Justino, Ob. de Urgel.»

La patraña había tomado como punto de partida la jornada sacerdotal celebrada el 9 de agosto de 1932 en la basílica de Santa Maria de Ripoll (diócesis de Vic), en conmemoración del noveno centenario de la consagración de aquel templo. Era la tercera de las jornadas anuales que venían celebrándose en la provincia eclesiástica de Tarragona, con asistencia del cardenal, de varios obispos y numerosos sacerdotes y fieles.

Al día siguiente, 10 de agosto, muchos sacerdotes que habían pernoctado en el santuario de Núria, regresaron a sus diócesis. Bastó este movimiento de sacerdotes por las carreteras de Ribes-Puigcerdá-la Seu d'Urgell-Lleida, para que algunos lo conectaran con el movimiento militante reaccionario que estalló ese mismo día en Madrid y en Sevilla. Hubo quien vio entre aquellas sotas la del cardenal Segura, expulsado de España hacía más de un año, entre otras cosas, por entrar y salir de España sin conocimiento del Gobierno. Otros vieron, además, al ex ministro de Primo de Rivera, general Martínez Anido, conspirando también por los valles andorranos.

Lo cierto es que a primeros de septiembre el delegado permanente de la mitra de la Seu para los asuntos de Andorra, Ricardo

¹ Sobre la biografía, actividad y relaciones con los otros obispos de la provincia eclesiástica, del obispo d'Urgell ver nuestra obra MIGUEL BATLLORI-VÍCTOR MANUEL ARBOLLA, *Església i Estat durant la Segona República Espanyola*, I y II, Barcelona, 1972.

Fornesa, se enteró de que el jefe de vigilancia de la Seu d'Urgell se había dirigido a Sant Julià de Lòria, la población del Principado más próxima a la frontera española, para practicar una información por escrito sobre ciertos hechos denunciados los días anteriores. Fornesa dirigió el día 5 un oficio a dicho jefe rogándole le enterase de lo ocurrido, «al objeto de proseguir con el mejor acierto las diligencias oportunas en evitación de conflictos entre España y Andorra, que tenemos el deber de impedir y velar para que en Andorra se guarden con leal fidelidad las normas de neutralidad respetuosa con respecto a los asuntos españoles».

Ramón Sáiz, jefe de inspección de vigilancia de frontera, responde a los dos días, «con la venia expresa» del gobernador civil de Lleida transcribiendo literalmente la carta-denuncia, suscrita en Sant Julià el 26 de agosto por D. Andrés Masó, y la información recibida en la misma población y en casa de dicho señor el 1 de septiembre de ese año. El señor Masó López, a quien el obispo Guitart califica como «sujeto públicamente conocido como de malos antecedentes», representante cultural en Andorra del ministerio de Estado español y delegado del Consejo General andorrano para los asuntos de España, se sintió herido por ciertas declaraciones y andanzas de súbditos andorranos y españoles enemigos, según él, del régimen republicano. El señor Sáiz comunicó tal información al gobernador civil de Lleida y al director general de Seguridad, Arturo Menéndez, ordenándole el primero trasladarse al lugar de residencia de Masó y levantar acta informativa. La información no pudo ser más pobre en boca de unos testigos que no pudieron, si no en una mínima parte, certificar lo declarado por el señor Masó López. A su primera información se añade, eso sí, la declaración del ex maestro nacional Emanuel Lluscá en contra del rector de Sant Julià, Don José Lladós, a quien se acusa de algo tan genérico y habitual por aquellos días, como atacar desde el púlpito «alguna vez al régimen y a sus hombres representativos», acusación que ratifica a última hora el señor Masó.

Lo que le saca de quicio a Mons. Guitart en todo este curioso asunto es que la autoridad española recoja seriamente tan extraña denuncia y pase la frontera sin ponerlo en conocimiento de las autoridades del país y extienda allí unas diligencias, «evidentemente amañadas por el denunciante», para comprometer a los pacíficos moradores de los Valles.

Guitart añade como anejos a su carta al Nuncio Tedeschini tres artículos aparecidos en la prensa de Madrid y de Barcelona a raíz de los infundios propalados con motivo de la jornada sacerdotal de

Ripoll. El primero apareció en *Luz*, periódico inspirado por Ortega y dirigido por Félix Lorenzo, antiguo director de *El Sol* fundado por el cuadro de periodistas y colaboradores que abandonaron este último periódico cuando cayó en manos de unos liberales monárquicos poco antes de instaurada la República. Después de acusar abiertamente al obispo de la Seo de irregularidades en el desempeño de su misión de gobernante de Andorra, le acusan también de promover y ocultar al mismo tiempo los manejos antirepublicanos del grupo de monárquicos españoles exilados y que por entonces vivían muy cerca de la frontera. Aquí aparecen las sombras conspiradoras de Segura y de Martínez Anido, que no habían aparecido en las amañadas declaraciones de los testigos amigos de Masó, y una más amañada todavía información sobre las declaraciones de éstos y sobre la subsiguiente reacción del obispo de Lleida. *El Liberal* de Madrid, periódico de vieja solera anticlerical, no se limita el día 9 a resumir la crónica de *Luz* sino que imputa al obispo d'Urgell la ocultación de Segura y Anido. De *El Liberal* transcribe el periódico de *Companys*, *L'Humanitat*, añadiendo unos escandalosos títulos comerciales.

Mucho más allá va el día 16 de septiembre el periódico *Luz*, pomposamente subtulado *Diario de la República*, que llega a indicar —y Guitart se lo hace notar al Nuncio— la remoción llana y simple del copríncipe por el gobierno de la República española para pedir a la Santa Sede su inmediata sustitución por otro prelado más grato y más dócil.

El día 21 de septiembre el jefe de vigilancia de frontera volvió a trasladarse a Andorra para seguir en sus averiguaciones sobre la supuesta estancia del cardenal y del ex ministro de la Dictadura. El obispo Guitart está dispuesto a elevar su correspondiente protesta al ministerio de Estado, pero quiere saber antes el parecer del delegado de la Santa Sede.

Desgraciadamente no aparece en el Archivo Vidal y Barraquer noticia alguna sobre la respuesta del Nuncio ni sobre la posterior actividad de Guitart. Tal vez los archivos de la Seu nos guarden alguna información. Tampoco en la conferencia de obispos de la Tarraconense celebrada el 27 de octubre de 1932 se hace la menor mención.

No iban a acabar aquí las peripecias del obispo d'Urgell en relación al Principado de Andorra. Un año más tarde la tensión llegaría a su punto más álgido. Pero de esto nos ocuparemos en otra ocasión.

Limitándonos ahora a lo anteriormente narrado, es preciso afirmar que los obispos españoles no tuvieron arte ni parte en el levantamiento del 10 de agosto. El día 15 de agosto de 1932 el cardenal Vidal y Barraquer escribía desde Castell de Rocafort al presidente del Consejo de Ministros, Manuel Azaña:

«Ninguno de nuestros Prelados es capaz de apoyar o de mezclarse en hechos de tal indole; por ello me ha dolido en el alma que se practicasen registros en el domicilio del Sr. obispo de Ávila,² a quien bien conozco, y siempre ha estado alejado de las cosas políticas.»

A lo que respondía Azaña el 5 de septiembre.

«Celebro mucho que, como era de esperar, los preladados no se hayan mezclado en sucesos tan lamentables como los ocurridos el día 10 de agosto. El registro practicado en el domicilio del Sr. obispo de Ávila es un incidente al que no debe darse más importancia que la que realmente tiene y se debió sin duda a las primeras y confusas informaciones que en circunstancias tales reciben las autoridades que no pueden sustraerse a cumplir rigurosamente su deber de investigación. Sin duda alguna el Gobierno no ha perdido en ningún momento la serenidad como los hechos han venido a probar.»

Ni una palabra sobre el caso de la Seu d'Urgell. Tampoco he encontrado nada en los días siguientes a las investigaciones y a la publicación de los infundios en los periódicos republicanos.

Por esta vez no se trataba del clásico obispo conspirador. Habían pasado los tiempos del obispo Caixal.

VÍCTOR MANUEL ARBELOA

² Enrique Pla y Deniel.